Domingo 10 agosto 2008
El Evangelio de Hoy

Mt 14,22-33
Tú eres Hijo de Dios

En el comentario al Evangelio del domingo pasado, el de la multiplicación de los panes, decíamos que Jesús revelaba su identidad divina asumiendo el rol de Dios de quien se dice: «Él da el pan a todo viviente, porque es eterna su misericordia» (Sal 136,25). En el Evangelio de hoy se nos quiere enseñar la misma verdad. Y se hace, al menos, por tres medios.

El primero es presentarnos a Jesús caminando sobre el mar. Mientras la barca en que iban los discípulos es zarandeada por las olas y por la violencia del viento, Jesús camina sobre el agua sin perder su compostura, con paso sereno como quien domina al mar. ¿Cómo no recordar lo que dice Job para realzar el poder de Dios: «Él sólo desplegó los cielos y pisó la espalda del mar» (Job 9,8)? Los apóstoles oraban recitando los salmos y al verificar que quien camina sobre el mar es Jesús no podían dejar de recordar que ellos a menudo alababan a Dios diciendo: «Por el mar iba tu camino, por las muchas aguas tu sendero...» (Sal 77,20). Esto, que se dice de Dios, se cumple en Jesús.

El segundo medio es la apropiación por parte de Jesús del nombre divino. Cuando Dios reveló su nombre a Moisés y lo mandó a liberar a Israel, le dijo: «Así dirás a los israelitas: "YO SOY" me ha enviado a ustedes... Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación» (Ex 3,14). El tetragrama sagrado YHWH es claramente una forma del verbo hebreo ser. Los apóstoles al ver a Jesús caminar sobre el mar se turbaron y gritaron: «Es un fantasma». La respuesta lógica habría sido: «No, soy Jesús». Pero su respuesta es esta otra: «YO SOY, no teman». Si es solo Jesús, ¿por qué tendrían que temer? La expresión «no teman» es el medio habitual con el que se tranquiliza al hombre cuando está ante una teofanía (una manifestación de Dios).

El tercer medio es el más evidente. Es la convicción que adquirieron los presentes y que ellos expresan, cuando Jesús subió a la barca y amainó el viento: «Los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: "Verdaderamente tú eres Hijo de Dios"». Lo expresan no sólo de palabra sino con su

actitud. Sabemos que todo judío tiene prohibido postrarse ante nadie fuera del Dios verdadero, como lo ordena la Ley de Dios: «Yo, YHWH, soy tu Dios... No habrá para ti otros dioses delante de mí... No te postrarás ante ellas (otras realidades) ni les darás culto, porque yo YHWH, tu Dios, soy un Dios celoso» (Ex 20,2.3.5). Ya en el Nuevo Testamento el vidente del Apocalipsis expresa esta norma con su propia experiencia: «Yo, Juan, fui el que vi y oí esto. Y cuando lo oí y vi, caí a los pies del Ángel que me había mostrado todo esto para adorarle. Pero él me dijo: "No, cuidado; yo soy un siervo como tú... A Dios tienes que adorar"» (Apoc 22,8-9).

«Tú eres Hijo de Dios». Esto es lo que había quedado en suspenso en la frase de Pedro: «Señor, si tú eres..., mándame ir donde ti sobre las aguas». Cuando Jesús pregunta a los Doce: «¿Quién dicen ustedes que soy yo?», Pedro los representa fielmente al responder: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,15-16). Dios no puede tener un Hijo que no sea de su misma naturaleza divina. Pero repugna al concepto de Ser supremo, que es Dios, el hecho de que sean dos. Por tanto, el Hijo de Dios es el mismo y único Dios que es el Padre. Con el Espíritu Santo son tres Personas distintas, pero un solo Dios. Esta es nuestra fe trinitaria.

Lo admirable es que el Hijo de Dios, habiendose hecho hombre, nos elevó también a nosotros a la condición de hijos de Dios, como lo afirma sin ninguna vacilación San Juan: «Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1Jn 3,1). Por eso, si caminando sobre el agua, Jesús revela su identidad de Hijo de Dios, él quiere que esa identidad la comparta también Pedro, haciendolo caminar también a él sobre el agua. Es como declarar: Comparto contigo y con todos los cristianos mi condición de Hijo de Dios. Esto es lo que se hace realidad con el Bautismo y con los demás sacramentos, sobre todo, con la Eucaristía. Es necesaria, sin embargo, la fe.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles